

La ciudad invisible

E

n 1920 en el prólogo a la segunda edición de su novela *El agente secreto*, publicada por primera vez trece años antes, y para dar cuenta de las razones emotivas y literarias que le empujaron a escribirla, Joseph Conrad escribía: «Se me presentó entonces la visión de una gran ciudad, de una monstruosa ciudad mas poblada que algunos continentes e indiferente, por su humano poderío, a la cólera o a las sonrisas del cielo; un cruel devorador de la luz del mundo. Allí había espacio suficiente para situar cualquier historia, profundidad para cualquier pasión, variedad para cualquier argumento, suficiente oscuridad como para enterrar cinco millones de vidas. De manera irresistible la ciudad se convirtió en el escenario para el siguiente período de profundas e insinuantes meditaciones. Interminables vistas se abrían ante mí en varias direcciones. Necesitaría años para encontrar el camino apropiado.»

Era uno más entre los grandes cambios en la vida de Conrad; en 1886 había adquirido la nacionalidad británica; se retiró de la vida del mar para dedicarse a la pluma en 1893 y hacia 1907, tras doce años de gran fertilidad, en los que sacó a la luz uno de los monumentos de la literatura europea dedicado casi exclusivamente a un sujeto -la vida en el mar- en la que su maestría nunca podrá ser superada, decidió cambiar de escenario y dirigir su atención a la gran ciudad. El cambio es sólo sorprendente a primera vista. Nada le hubiera sido más fácil a Conrad que seguir explotando el filón que había descubierto con *La locura de Almayer* y en doce años, con la publicación de *Nostramo*, le había ganado un puesto de primera fila en las letras inglesas y una profesionalidad que le situaba a resguardo de las inclemencias del

JUAN BENET

«Se me presentó entonces la visión de una gran ciudad, indiferente, por su humano poderío, ala cólera o a las sonrisas del Cielo. Allí había espacio suficiente para cualquier historia.»



tiempo. Pero la honestidad intelectual de Conrad le impedía seguir «fabricando» y repitiendo el mismo artículo, elaborado con fibras sintéticas en lugar de las naturales de cuya reserva ya había dado buena cuenta.

Para él era obvio que si su experiencia en el mar le había suministrado un material que convincente por sí mismo no le imponía el esfuerzo de ser persuasivo aunque, eso sí, no le privaba del esfuerzo de narrarlo de acuerdo con las reglas más exigentes del «grand style», su vida en la gran ciudad le brindaba la posibilidad de seguir su carrera sin rebajar un ápice sus pretensiones literarias. Ambos, mar y gran ciudad, tenían más de un elemento común que sumariamente enunciaría en el párrafo antes citado; entre otras cosas, esa inabarcable extensión sólo parcialmente percibida que por su falta de límites ofrece un inapreciable marco a la inabarcable extensión del alma humana, siempre parcialmente percibida; esa permanente posibilidad de aparición del misterio, de la misma entidad cuando se oculta tras la línea del horizonte que cuando puede surgir en una calle desconocida, en una barriada alejada. Se diría que Conrad vivía en un estado de permanente vigilancia -muy propio del hombre que había consumido quince años en el mar- hacia todo lo inesperado que pudiera ocurrir en la vida cotidiana, y su atención, en franca oposición a la tendencia naturalista de su tiempo, a la escuela que pretendía levantar acta del desarrollo normal de la sociedad aun a través de las anomalías individuales, se dirigía hacia aquel sujeto o hacia aquel suceso insólito que demostraría qué lejos estaba el hombre de su tiempo de conocer el mundo en que vivía.

La gran ciudad le ofrecía el escenario adecuado para ese propósito. Si en ella se habían concentrado las grandes masas del poder político, financiero, industrial y social, también a ella habían venido a parar los poderes ocultos que trabajaban en una dirección distinta (si no opuesta) a la de aquéllos. No me refiero tan sólo a los anarquistas, terroristas y conspiradores que describe en *El agente secreto* o *Con la mirada de Occidente*, sino también a ese hombre desviado, producto de la gran ciudad y que sin embargo ya no encuentra acomodo en ella como no lo encuentra en el medio rural que dejó atrás. Y ese hombre es el paradigma de una humanidad epifenomenal que ha sido desplazada por el sentido unidireccional de la sociedad hacia la gran urbe. El «outcast» de las islas era, un marginado a escala continental; refugiado en el último rincón de Oriente había dejado atrás su país, su familia, su negocio y hasta su apellido, por la causa que fuera, y ya no

«Mar y ciudad tenían en común, entre otras cosas, esa inabarcable extensión sólo parcialmente percibida que por su falta de límites ofrece un inapreciable marco a la inabarcable extensión del alma humana.»

contaba con un medio de reconciliación posible con un pasado al que podía mirar con nostalgia o con odio, separado de él por una insalvable distancia. El marginado de la gran ciudad vive en el propio medio que es el origen de todo su conflicto; no es un desposeído ni tiene por qué ser un desclasado; pero su vida, aun sin poderla arrancar de él, no se concilia con la corriente general de los tiempos que fluye hacia una sociedad opulenta, marcada por el signo del éxito y dirigida hacia la gran ciudad constituida como depósito de todo el tesoro material y espiritual del presente. El carácter doblemente trágico de ese marginado se cifra tanto en el rechazo de esa determinación social -que tiene ribetes irracionales por cuanto ninguna instancia espiritual



se hace responsable de ella- cuanto en la imposibilidad de encontrar una alternativa satisfactoria. «Entre la nada y la desgracia», dirá el abrumado héroe de Faulkner, «me quedo con la desgracia.» Entre la nada y la ciudad, repite el anónimo héroe moderno, me tengo que quedar en la ciudad,

La entrada de la ciudad en la literatura, como elemento constituyente y esencialmente moderno del drama, es relativamente reciente. No me refiero, claro está, a la ciudad como escenario donde se desarrolla el drama y que por lo tanto no deja de ser un elemento circunstancial, tan elegible como desdeñable. No me refiero tampoco a la ciudad -aunque fuera muy populosa- en cuanto estructura social básica de una cultura concreta que fuera de ella perdía su valor definitorio, lo mismo la Babilonia de Hammurabi, la ciudad-estado de la Hélade, la Roma Imperial o incluso la república veneciana; cualquier analogía entre la gran urbe moderna y aquellas cristalizaciones de la cultura antigua adolece de todas las imprecisiones nacidas de un parentesco lejano, con muy pocas correlaciones funcionales. Para empezar y aunque la ciudad antigua tuviera un origen mítico o desconocido, en su mejor momento pasa a ser el recipiente de una cultura claramente definida, producto de numerosas generaciones que van convergiendo hacia un canon social que -repito- fuera de sus muros se diluye. En tanto que obra del espíritu la ciudad antigua es lo que mejor resume y simboliza ese espíritu, hasta el punto de no conceder el mismo grado de racionalidad al bárbaro que no habita en ella. Y esa tendencia del espíritu ateniense a la fuerza había de aparejarse con un programa moral que buscara la forma de hacer la ciudad perfecta, que, de acuerdo con la concepción socrática, contendría al individuo perfecto. No es otro el propósito que guía a Platón al redactar *La república*, la norma que se ha de seguir para alcanzar un gobierno perfecto que a la fuerza ha de estar limitado en el espacio. «Mientras los filósofos», dice en el Libro V, «no se enseñoreen de las ciudades o los que ahora se llaman reyes o soberanos no practiquen la filosofía con suficiente autenticidad, de tal modo que vengan a ser una misma cosa el poder político y la filosofía, y mientras no sean recusadas por la fuerza las muchas naturalezas que hoy marchan separadas hacia uno de esos dos fines, no habrá reposo, querido Glaucón, para los males de la ciudad ni siquiera, al parecer, para los del linaje humano.» Se observa que, como buen aristócrata, Platón coloca la preocupación por su ciudad por delante del género humano y no vacila en legitimar el uso de la fuerza para curarla de los males que la aquejan,

En la misma página considera inaceptable que una ciudad distinta de la suya «sea capaz de llevar la felicidad tanto al ámbito público como al privado». Es una de las primeras formulaciones escritas de un mito que recorre la literatura europea de todos los tiempos: la excelencia de la ciudad propia -o de la tierra o del pueblo o de la patria- sobre todas las demás y que para ser algo más que un sentimiento aldeano, adquirido al tiempo que la leche materna, precisa el apoyo de un criterio, cualquiera que sea éste. Pero también precisa otra condición que no se puede pasar por alto por obvia que resulte: que la ciudad en cuestión tenga un carácter propio -representado en su nombre- que la distinga de las demás y que, por

«El marginado de la gran ciudad vive en el propio medio que es el origen de todo su conflicto: no es un desposeído, pero su vida no se concilla con la corriente general de los tiempos que fluye hacia una sociedad marcada por el signo del éxito.»



supuesto, impregne de esa distinción a su ciudadano para que pueda levantar su orgullo patrio sobre tal idiosincrasia. Para el griego tal distinción era poco menos que evidente desde el momento en que cada ciudad-estado tenía su propia constitución y era regida por un sistema cualquiera situado en el amplio espectro entre la tiranía y la democracia; y por si fuera poco tenía un carácter propio, aunque sin duda no tan marcado como cualquiera de los que pinta Pausanias. Para Platón el criterio que distinguirá su ciudad de entre todas las demás será la mayor dedicación de sus gobernantes a la práctica de la filosofía a la que más adelante define, un tanto elípticamente, como el gusto por la contemplación de la verdad. Una verdad que, para Platón, será la línea divisoria entre la ciencia y la opinión, entre el conocimiento de las cosas en sí y el trato con sus apariencias. Si Platón, un escritor mucho más arrebatado por el poder de la elocuencia que atento a la contención del rigor, hubiera vuelto hacia la ciudad sus propias categorías eidéti-cas se habría visto forzado a reconocer un conjunto de problemas verdaderamente filosóficos, difíciles de resolver incluso para su legislador y guardián ideal. Si por un lado afirma que el filósofo es «el hombre capaz de

«El farragoso tratado sobre las leyes de gobierno de la ciudad perfecta podría reducirse a una directriz: la estulta contemplación de la unidad de la ciudad.»

percibir lo que siempre mantiene la identidad consigo mismo», por otro, para adecuar el campo de trabajo con el oficio de gobernante sabio, despacha la evolución urbana con una fórmula harto simple que define el límite de la ciudad ideal: «la ciudad puede aumentar sin dejar de ser una», dice en el Libro IV de *La república*, «y se permitirá su crecimiento sin pasar de ahí». Con lo cual cierra el ciclo del gobierno filosófico: ese gobierno está en manos de quien sabe percibir esa unidad y su crecimiento será detenido, incluso por la fuerza, en cuanto el alcalde filósofo comprenda que está a punto de perderse. Con lo cual el

farragoso tratado sobre las leyes y normas de gobierno de la ciudad perfecta podría reducirse a una sola directriz: la estulta contemplación de la unidad de la ciudad y la insomne atención a un crecimiento que en cualquier momento puede ser detenido. ¿Y qué ocurriría si el alcalde filósofo por unos instantes distrajera su atención de tan importante cómputo y al salir de su sueño por un incremento infinitesimal se encontrara con que su bien guardada ciudad había perdido su unidad? Una unidad inencontrable, pues si el especialista en hallarla bajo las apariencias y en «percibir lo que siempre mantiene la identidad consigo mismo» es incapaz de dar con ella, bien se puede dar por perdida definitivamente y con ella toda posibilidad de gobierno filosófico. Lo cual sin duda sólo podría ser bienvenido por la ciudad -no necesariamente filosófica-, liberada de una vez de la tiranía de la identidad consigo misma y del estricto cómputo de su crecimiento. Por consiguiente, y contra lo que opinaba Platón, a mi parecer para que una ciudad sea habitable y no susceptible de ser gobernada por el filósofo, debe crecer por lo menos tanto como para perder la unidad e identidad consigo misma.

Al llegar aquí no me parece inoportuno hacer uso de aquel razonamiento sorita que con frecuencia esgrimían los sabios del agora: el sofisma del montón. Un montón no es un conjunto de 10 unidades, ni siquiera de 50. Es un conjunto innumerable. En su versión decreciente el sofisma desmiente con la afirmación interrogativa: si el montón es de 1.000 unidades ¿lo es

de 999? Si también lo es de 999, ¿qué pasa con 998? Y así sucesivamente, hasta llegar a uno. En su versión creciente se puede formular así: cuál es la unidad que agregada a algo que no es un montón lo convierte en montón. No lo es la segunda ni la tercera ni la cuarta unidad, ni la 999; por consiguiente no lo es ninguna y si no existe esa unidad no existe el montón. Aplicado a nuestro asunto cabría preguntarse ¿cuál es ese ciudadano que llegado de lejos y de nuevas, con su entrada en ella convierte a la ciudad en gran ciudad? ¿El millón más uno? Pues si no existe ese ciudadano el razonamiento sorita exige que no existe la gran ciudad, un concepto que a primera vista no es dependiente de la cantidad, pero tampoco de la cualidad,

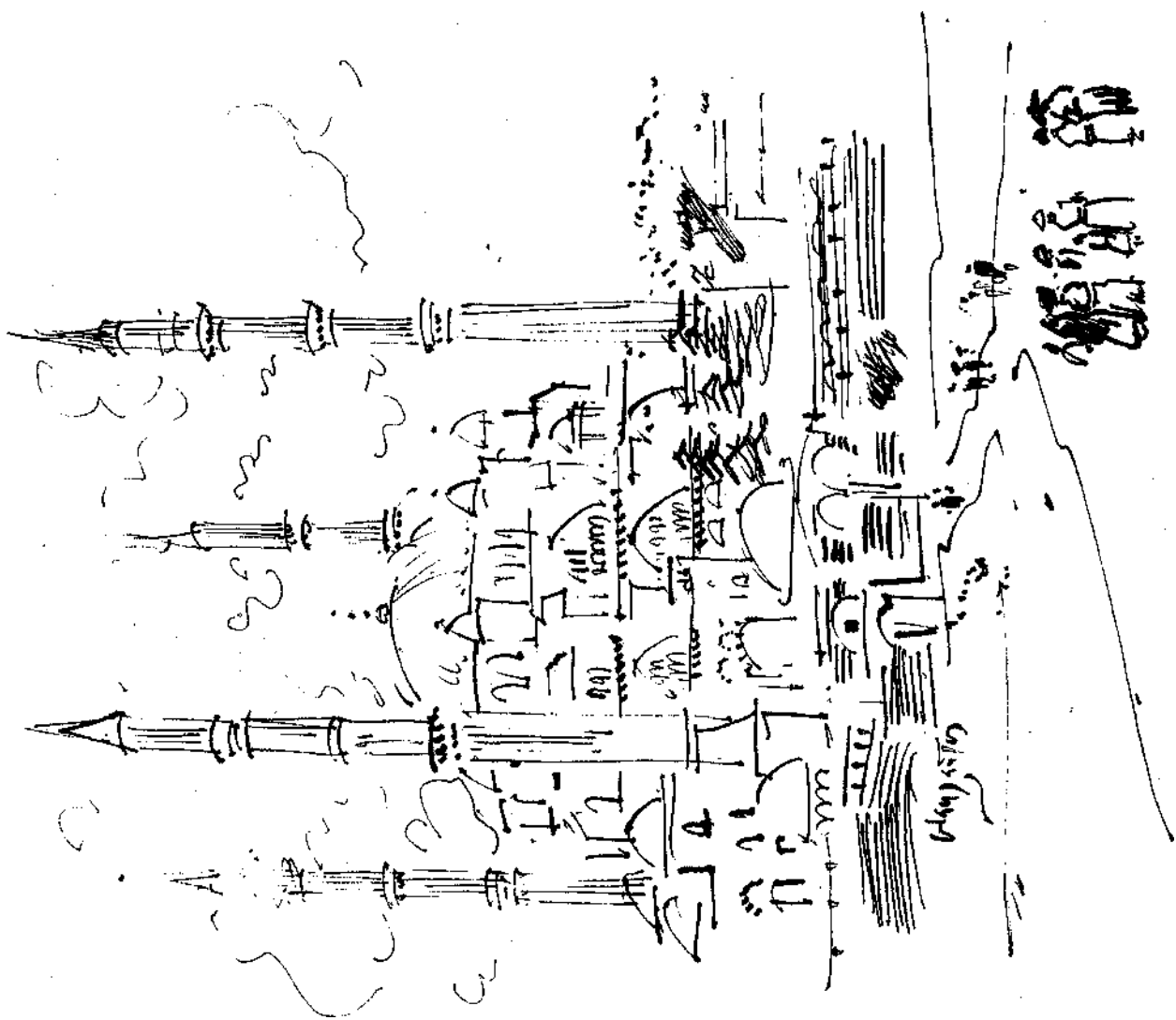
La gran ciudad es una creación esencialmente moderna. Su nacimiento se puede fechar en el Siglo de las Luces -el siglo que al conjuro de la libertad crea todos los males modernos- y más concretamente con la Revolución Francesa, el primer movimiento sociotectónico que brota en la ciudad -París, Lion, Burdeos- para extenderse luego a la aldea, y ese movimiento cuyos primeros padres eran esencialmente ciudadanos -periodistas, dipu-tados^ comediantes, gentes de letras, contertulios de café- y que adoptará ese título para un tratamiento igualitario entre todos los miembros de una sociedad civil homogénea, sin distinciones culturales -no ya jurídicas- entre la urbe y el campo. Cabe imaginar -porque la futurición del pasado está abierta a todas las posibilidades de la fantasía, siempre y cuando se respete el status del presente- que los ideales de la revolución de convertir a todo paisano en un ciudadano y conformar un país constituido exclusivamente por clases cultas, se habría podido conseguir con la limitada tecnología del siglo XVIII si la Revolución Francesa no se hubiera visto acompañada, a pocos años de distancia, por la Revolución Industrial. La relación entre ambas es un axioma que sólo se puede formular desde una concepción espiritual de la historia, desde una visión de la historia objetivada mediante una operación aritmética -en general, la adición- de la voluntad de los individuos; mediante una cesión casi absoluta de poderes al Zeitgeist; mediante una marginación, si no una supresión, de la imprevisión y del hallazgo fortuito; en fin, mediante la independencia de las ciencias sociales e históricas del principio de indeterminación, comprobado siempre en el movimiento de partículas minúsculas y nunca azaz proyectado hacia el equilibrio de los grandes sistemas.

Pero salta a la vista que el enorme impulso tecnológico que conoció Europa a consecuencia de las guerras de la República, del Consulado y del Imperio que se prolongarían durante un cuarto de siglo, produjo un cambio de dirección cultural -y en primer lugar en la artesanía rural- que sin que nadie lo advirtiera desviaría mucho más esencialmente los principios de la revolución en pos de la nación homogénea que las diversas y efímeras restauraciones del *anden régime* que se incoaron tras la batalla de Water-loo. Una vez más ha sido la guerra la causante del cambio. Por paradoja, una de las más trascendentes consecuencias de la Revolución Industrial fue la gran ciudad, y digo por paradoja porque la ciudad, antes de convertirse en grande, fue una de las últimas recipiendarias de la nueva herramienta y de la nueva máquina que en sustitución del brazo, de la muía o del molino

«El gobierno de una gran ciudad se aviene a controlar las leyes que la rigen, pero no tanto los hechos que deben ser guiados por esas leyes.»



مسجد جامع



de agua se instaló bastante antes en el taller rural o aldeano que en el apenas existente cinturón artesanal que rodeaba la capital. Pronto se advirtió que la industria exigía una movilización de capitales sólo comparable a la que precisó la guerra y aún muy superior. Si entre 1810 y 1815 el Banco de Inglaterra y las pequeñas bancas privadas emitieron 40 millones de libras en papel moneda para sufragar la guerra contra Napoleón, entre 1839 y 1845 se movilizó un capital privado de 320 millones de libras para atender exclusivamente a la inversión en la industria ferroviaria. Y ese dinero se administró y concentró en la gran ciudad. El capital, quién lo duda, es desde aquella época el máximo responsable de la configuración de una ciudad y asimismo el patrono de los estilos, de las modas, de los nuevos materiales. La burguesía nacida de la Reforma había impreso su sello en todas las sociedades urbanas de Europa, un sello particular que combinaba la riqueza con la simplicidad, el recato, el apego a los estilos locales y el horror a la ostentación, dejando en manos del Estado, la corona o la aristocracia todo exceso suntuario y monumental. Pero a partir de la Revolución Industrial el capital empezó a exigir forma y expresión propias; se impuso un estilo banquero, por así decirlo, que a la vez satisficiera su propia grandilocuencia y el ansia de solidez del accionariado; que mostrara el dinero a través de los más costosos materiales y se atreviera a desafiar el paso del tiempo con sus columnatas, al igual que los antiguos templos. A la llamada del capital acudió toda la sociedad, tanto la que contaba con unos ahorros como la que nada tenía que perder, y la ciudad comenzó a crecer a un ritmo y con una falta de orden que habrían producido graves trastornos a los ediles platónicos, hasta empujarles a la dimisión. No existían planes urbanísticos suburbanos y los cinturones que rodeaban los viejos cascos se iban espesando y extendiendo sin obedecer a otra ley que a la de compensación entre oferta y demanda. Así pinta Dickens, en *Dombey e hijo*, la novela del medio siglo, la ejecución de la trinchera de Camden Hill en la línea de crecimiento del norte de Londres:

«Se habían derribado las casas, las calles cortadas e interrumpidas; profundos pozos y zanjas excavados en el terreno; enormes montones de tierras y arcillas; edificios agrietados y caedizos eran apeados con grandes puntales de madera. Aquí, un caos de carretas esperan al borde de una empinada y artificial loma, y allá, confusos tesoros de hierro, oxidados y sumergidos en una accidental charca...»

Me temo que la situación no llamaría demasiado la atención del novelista de nuestros días, acostumbrado tanto como el público al estado permanente de obras, al espectáculo de zanjas, grúas, vallas y calles no concluidas, «orientadas hacia la nada». En todo país y toda provincia, la gran ciudad ha crecido así, arrastrándose hacia el caos y, cabe decir, extendiéndose por la línea de menor esfuerzo económico hasta quedar detenida por un accidente geográfico o por un poderoso terrateniente, decidido a esperar el momento de mejor provecho que en ocasiones sólo conocerán sus herederos o se disipará para siempre con la revolución. Se podría hablar de un caos controlado, para emplear el oxymoron tomado de la imagen del universo, pero a mi entender sería más justo convenir que el gobierno de una gran ciudad se

**«Como buen aristócrata,
Platón coloca la
preocupación por su ciudad
por delante del género
humano y no vacila en
legitimar el uso de la fuerza
para curarla de los males
que la aquejan.»**



«Contra lo que opinaba Platón, a mi parecer para que una ciudad sea habitable y no susceptible de ser gobernada por el filósofo, debe crecer por lo menos tanto como para perderla unidad e identidad consigo misma.»

aviene a controlar las leyes que la rigen, pero no tanto los hechos que deben ser guiados por esas leyes. El resultado no podía ser otro que el fenómeno que tanto llamó la atención a Conrad hacia 1907. Una ciudad carente de cifra, de carácter, de fisionomía y rasgos propios, de color local, de cultura autónoma, que se la conoce por el nombre de un viejo centro histórico, a veces hueco, con el que guarda la misma ambigua e indisoluble relación que une una raza a su mítico fundador. Tal relación está acaso definida por la necesidad y a la vez por la falta de vínculo. No pudiéndose ni siquiera apelar a una sucesión histórica, evidente pero inefectiva, borrada por el

mismo proceso de la evolución, para que el disperso conjunto de los elementos que la forman pueda aducir una común identidad no queda otro recurso que apelar a un único nombre. Al menos así se preserva la primaria función denotativa gracias a la cual no sólo se sabe -o se presume saber- de qué se está hablando cuando se habla de un conjunto de elementos sin vínculos recíprocos, sino que otorga a cada uno de ellos un lugar real en el mundo, liberándolos del anónimo limbo fantasmal a donde los ha desterrado su expatriación cultural. Esa gran ciudad -que sin duda ha perdido aquella unidad tan querida para Platón- ya no se ve ni se siente; tan sólo se lee y como mucho se oye. Sólo se la distingue por símbolos, sean letras, emblemas, escudos o colores. Ya hace muchos años decía Ferlosio que el único punto donde la palabra Madrid tenía realidad estática y definitoria, algo así como la partida de nacimiento, era el letrero en grandes caracteres azules del paquete de vías próximo a la estación de Príncipe Pío, que anunciaba al viajero que al fin se hallaba en la capital. Todos los demás no hacían sino informarle de la distancia que le separaba de ella.

Pero si se exceptúan unos cuantos escenarios emblemáticos, reproducidos hasta la saciedad por la iconología para mantener la ilusión de la unidad ciudadana, la gran ciudad ha dejado de verse y casi de sentirse. Sus conocidos y más representativos emblemas ya no cumplen las funciones que tuvieron en su día y dieron un sentido a su carácter simbólico: el Palacio Real ha dejado de ser un palacio, lo mismo que la Plaza Mayor ha dejado de ser el agora, el centro público y comercial; por el paseo del Prado apenas pasea nadie y la Fuente del Berro no da agua; en verdad ninguna fuente da ya agua; las que se conservan retienen para sí el agua y tan sólo la muestran, de manera más avara cuanto más ostensible. Un singular paradigma de la gran ciudad que se reserva para sí, y sólo lo exhibe sin que nadie pueda apropiárselo, aquel caudal humanístico que engendrado en el concurso de unos hombres con unos propósitos comunes, hacía de todos ellos -por un proceso de participación- un ciudadano distinto, más rico y cultivado, capaz de arrastrar a toda la sociedad a su nueva condición. Pero por lo mismo, esa condición se ha perdido; por más que lo pretenda, el habitante de la gran ciudad ya no puede presumir de una estatura humanística superior al hombre de la aldea. El comercio espiritual entre el ciudadano y su ciudad se ha interrumpido; si ésta, como la fuente, le enseña pero no le cede la savia que la anima, aquél no le presta ningún apoyo individual. A fuerza de quitarle paseos, ágoras y fuentes el ciudadano ha terminado por no

utilizar al modo clásico su ciudad. En el terreno del espíritu ciudad y ciudadano no se deben nada. El comercio o intercambio entre ellos se ha reducido a la fórmula más estricta y sórdida; la ciudad exige tributos y el ciudadano reclama servicios. Todo lo que no sea eso se reduce a unos pocos esparcimientos con los que se distrae un ocio que en buena medida la ciudad ha cedido al campo,

Era el mínimo precio que había que pagar por el crecimiento. Si en un principio la ciudad se creó por un esfuerzo comunitario de cohesión, de dirección centrípeta, el crecimiento sólo se podía sufragar, rompiendo una cintura amurallada a veces, con la disolución de numerosos vínculos internos, incluso aquellos secretos que distinguían al verdadero romano del advenedizo. Acaso por eso haya que ir a buscar la herencia abintestata de la ciudad, perdida en la metrópolis, en el barrio. Decía Bergson que el hombre fue hecho para sociedades muy pequeñas y que la naturaleza, satisfecha con ellas, ha abierto, sin embargo, la puerta a su engrandecimiento. Todo crecimiento, no obstante, tiene un límite que no se define tanto por su detención cuanto por la ruptura del todo y la configuración de las partes con entidad propia; en el caso de la gran ciudad, los barrios. Y acaso sea el urbanismo -esa ciencia, arte o disciplina elaborada a trancas y barrancas por el estudioso, a remolque del objeto que creado por el hombre ha escapado a su dominio, tan parecida en muchos aspectos a la economía política- el más claro exponente de la incapacidad por abordar el todo; por cuanto la gran ciudad escapa al urbanista y al político (es, decir, el hombre que se dedica a la ciudad) sus miras tienen que apuntar hacia los barrios, las unidades dominables, proyectables y discretas con las que el planificador siempre presuntuoso pretende esclarecer y regular el futuro. Pero detrás o más allá del barrio o de la urbanización -y casi como una presencia hiperbórea- se extiende esa gran ciudad, apenas visible, no mo-delable y en cierto modo anclada en el pasado, que desdeñosa hacia los augurios de un porvenir risueño, reacia a toda transformación, ya no promete nada. Tan sólo oculta e insinúa; lo propio del misterio es permanecer oculto, algo más importante que esconder una realidad tantas veces inexistente. El misterio empieza allá donde concluye la capacidad de dominio, como tan claramente lo intuyera Conrad en 1907, al dejar tras sí toda una juventud en el mar. Invisible y poco menos que inmutable, la gran ciudad invita permanentemente a su habitante a recelar del futuro, de la ciencia y del urbanismo, circunscritos a la prosperidad del barrio. Le susurra todas las noches -y nada como los chirridos y campanillazos de los tranvías o los reflejos del alumbrado en un pavimento húmedo- que es el depositario de un misterio -creado involuntariamente por sus antecesores- mil veces más sugerente y perverso que el orden virtuoso de la república platónica.

«Me refiero a la ciudad en tanto que productora de fuerzas dramáticas, en tanto que un acólito del enigma del alma humana; en cuanto que es responsable de la formación de un drama que en otro escenario no tendría lugar.»

